Alambique. Revista académica de
ciencia ficción y fantasía / Jornal
acadêmico de ficção científica e
fantasia

Volume 2 | Issue 1

Article 1

Un cuento satírico en medio del debate sobre el darwinismo en México

Miguel A. Fernández Delgado MAFD
University of South Florida, miganfd@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique>

Part of the [Biology Commons](#), [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Other Life Sciences Commons](#), [Race, Ethnicity and Post-Colonial Studies Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Fernández Delgado, Miguel A. MAFD (2014) "Un cuento satírico en medio del debate sobre el darwinismo en México," *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 2 : Iss. 1 , Article 1.
<http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.2.1.1>
Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique/vol2/iss1/1>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 4.0 License](#).

Un cuento satírico en medio del debate sobre el darwinismo en México

Cover Page Footnote

None

La tempestad a la que apenas dio inicio Charles Darwin con *El origen de las especies*, alcanzó su auge, trece años después, cuando el científico inglés publicó *El origen del hombre* (1872). La teoría de la evolución biológica, la cual presupone que diversos organismos comparten un ancestro común y que los seres vivos han cambiado gradual y drásticamente en el transcurso de la historia terrestre, fue motivo de acaloradas polémicas no sólo en el campo de la biología —donde prevalecía la idea de que todas las especies habían sido creadas de una vez por todas y descendían de forma directa, y sin variación, de la pareja original—, sino en diversos terrenos del saber humano, al trastocar ideas ancestrales y sagradas sobre el origen de la humanidad. Es bien sabido que algunas sociedades, debido a una tradición religiosa más arraigada, ofrecieron mayor resistencia o jamás llegaron a aceptar sus implicaciones.

Desde hace tiempo se ha estudiado la recepción de la teoría evolutiva de Darwin en España e Iberoamérica (Glick, Ruiz y Puig-Samper). El primer historiador en ofrecer un panorama global del fenómeno en México, durante el siglo XIX, fue Roberto Moreno de los Arcos. Gracias a él sabemos que fue *El origen del hombre* —conocido en el país en su traducción francesa de 1873—, el que mayor impacto provocó en la sociedad, y el que originó los más enconados debates entre las élites de la cultura y la religión (Moreno 41-2).

Recordemos, brevemente, algunos de los representantes de la comunidad científica que participaron de diversas formas y a diferentes niveles en dicha recepción y en algunas discusiones derivadas de ella. En 1876, el naturalista Francisco Patiño publicó un artículo sobre las plantas carnívoras en el que tomó partido por el cambio gradual de los seres propuesto por Darwin (Patiño 474-9). En contraste, el médico francés Alfredo Dugès, residente en Guanajuato desde 1870, expuso desde su cátedra y artículos la teoría de la evolución, no sin ocultar sus dudas, hasta que se ofrecieran mejores pruebas que la sustentaran, si bien le reconoció más de un acierto digno de nota (Moreno 33-5). Uno de sus alumnos, Alfonso Luis Herrera, llegó a ser el más destacado representante nacional del darwinismo, pues aplicó los principios evolucionistas al estudio del desarrollo de las especies, especialmente en relación a las variaciones de altitud, en el ecosistema del lago de Texcoco. También introdujo la cátedra de “Biología general” en la Escuela Normal para profesores y escribió su texto en el que difundió el evolucionismo. Pero su aporte principal al tema fue su *Recueil des lois de la Biologie générale*, que publicó en francés. En 1895, presentó el proyecto para un museo en el que de debía existir una sala dedicada a la evolución, lo cual hizo realidad, si bien en forma parcial, en 1914, cuando se le nombró director del Museo de Historia Natural (Moreno 37-9).

Por su parte, el paisajista José María Velasco, mejor conocido por sus pinturas y clases de perspectiva en la Escuela de Bellas Artes, fue convencido por el Dr. José Barragán para llevar a cabo un estudio sobre los ajolotes (*Ambystoma mexicanum*), con el propósito de corregir la clasificación del naturalista francés Auguste Dumeril y, después, refutar a Darwin y a uno de sus discípulos, el biólogo alemán August Weismann, por medio del análisis de dicha especie endémica del Valle de México. Para Velasco, apegado a la ciencia natural clásica, los ajolotes estaban perfectamente adaptados a su medio y, por lo tanto, resultaba imposible que, a través de mutaciones, bruscas o paulatinas en el tiempo, pudieran derivar en una variedad distinta (Trabulse 115-34). No es imposible aventurar que los antidarwinistas mexicanos, mal que bien enterados del estudio que el pintor y naturalista *amateur* realizaba, el mismo día (2 de febrero de 1878) en que apareció en las páginas de *La Voz de México* un poema satírico para “celebrar” a Darwin (Núñez de Arce), anunciaran —tratando de hacer burla,

además, de Justo Sierra, según veremos—, que en la Escuela Nacional Preparatoria se enseñaba que el hombre desciende del ajolote (Moreno 30).

Gabino Barreda, introductor de la filosofía positiva de Auguste Comte y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, rechazó de plano la teoría evolucionista a la que llamó “arbitraria e irracional” y comparó, incluso, con una especie de moderna alquimia, por creerla poco apegada al método científico que él mismo había logrado incorporar en el programa de la educación elemental (Moreno 25, 40). Varios de sus discípulos dentro de la Sociedad Metodófila siguieron en este sentido a su fundador, pero unos cuantos fijaron una posición independiente y siguieron a Darwin y a otros evolucionistas, como el médico Manuel Flores y el también médico y escritor Porfirio Parra, a quien se debe el primer panorama histórico de la ciencia en México, dentro de la famosa obra *México, su evolución social* (1900-1902).

Un caso curioso de darwinismo fue el de Vicente Riva Palacio. En el tomo II de otro impreso enciclopédico de renombre, *México a través de los siglos* (1884-1889), que estuvo a su cargo, dentro de un capítulo dedicado al tema de las razas y castas, intentó demostrar que los indígenas se hallaban en un estado de perfección y progreso corporal, pues así lo demostraban algunas de sus características físicas —ausencia de vello en el cuerpo y el rostro, dentadura perfecta y muy blanca, carencia de muelas del juicio y presencia de un molar nuevo que sustituye al canino—, en apoyo de lo cual citó, entre otros, *El origen del hombre* y *Las variaciones de los animales y plantas domésticas*, dos trabajos que ampliaron lo expuesto por Darwin en *El origen de las especies* (Riva Palacio). No faltaron los autores que salieron a refutarlo, acusándolo de una lectura incompleta del científico inglés y sus corifeos, aunque ninguno de ellos se manifestó contrario a la teoría evolutiva de la naturaleza. En un artículo anónimo, publicado una década después, en el periódico *El Universal* (14 de octubre de 1896), se adelantó una opinión contraria, sobre el mismo tema, de ciertos evolucionistas y darwinistas sociales:

Preocupados algunos con las modernas doctrinas de la lucha por la vida y de la selección natural, aplicadas a las teorías sociológicas sindicadas al indio de ser inferior: inerme en el tremendo combate que tiene por teatro el planeta y a las naciones por actores, declaran que está destinado a desaparecer cuanto antes... (Moreno 56-7).

Sobre lo anterior, volveremos un poco más adelante. En 1875, en un artículo de *El Federalista* (2 de abril), Justo Sierra, que ya se había manifestado partidario del evolucionismo filosófico de Herbert Spencer (Zea 303-7), expresó también su adhesión a lo expuesto por Darwin y su colega y compatriota Alfred Russel Wallace. Poco más de siete meses después, el 10 de noviembre, en el mismo diario, dio a conocer la impronta que, en su concepto, dejaría en la historia la teoría de la evolución y, por consecuencia, en los planes de estudio de las nuevas generaciones, esfera que le concernía directamente:

La ciencia ha destruido la supuesta unidad de la familia humana, y haciendo retroceder nuestro origen más allá del mundo animal, hasta el vegetal, hasta las primeras manifestaciones de la fuerza vital en el planeta, ha formulado con Darwin y Wallace la ley grandiosa del transformismo (Moreno 22-3).

Fiel a sus palabras, publicó en tres entregas un *Compendio de Historia de la Antigüedad*, destinado a los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria. Es posible

que esperara reacciones contrarias al exponer la tesis evolucionista del científico inglés, pero tal vez no las que surgieron, a partir del 6 de enero y casi todo febrero de 1878, incluyendo el documento que presentamos, acerca de “El porvenir de los gorilas” (Aubuet), el cual apareció en el diario *La Libertad*, que él mismo dirigía, de filiación liberal moderada, y que en cierta forma marcó el tono de la controversia en sus primeras semanas.

A través de su diario, *La Voz de México*, la Sociedad Católica denunció el libro de Sierra, señalándolo por hacer apología de los que calificaron como “errores darwininianos”, y tacharon a su autor de anticatólico. Desde las páginas de *La Libertad*, los hermanos Justo y Santiago Sierra, y algunos otros, salieron a defender su postura. Santiago llegó a traducir *El origen del hombre* de Darwin, aunque su muerte prematura, a los treinta años, al participar en un duelo con Ireneo Paz, dejó su manuscrito inédito. A *La Voz de México* se unió *El Centinela Católico*, contra *La Libertad*, en una larga serie de descalificaciones mutuas, artículos sarcásticos y acusaciones de ignorancia sobre la materia y los autores que pretendían refutar, ataques que se prolongaron a lo largo de todo el mes de enero y principios de febrero, hasta derivar y diluirse en temas más generales de política y moral (Moreno 26-32).

Justo Sierra intentó cerrar la pugna al señalar la separación de la Iglesia y el Estado, acotando que los profesores estaban obligados a enseñar las ciencias aún cuando éstas entraran en conflicto con cuestiones de índole religiosa. Pero, sin tomar en cuenta lo anterior, la sátira fue continuada por los dos partidos contendientes. El 29 de enero, los darwinistas de *La Libertad* publicaron el supuesto testimonio de un loro que había confesado que, en efecto, los redactores de *La Voz de México* no descendían del mono, sino de los perruquinos (papagayos). En respuesta, al día siguiente, la prensa opositora anunció la fuga de “un mono coludo” que, al llegar a las oficinas de los responsables de *La Libertad*, de inmediato corrió para abrazar a sus hermanos, gesto que le valió un contrato para tener a su cargo una columna sobre la selección natural. A este nivel se mantuvo el debate hasta el 5 de febrero, cuando *La Voz de México* publicó una larga y meditada refutación, sin firma, contra Justo Sierra, que él mismo contestó, en términos no menos eruditos, el 7 de febrero, desde las páginas de *La Libertad* (Moreno 29-31).

Los historiadores de la ciencia en México recuerdan que la ofensiva encabezada por los discípulos de Gabino Barreda fue más importante contra el darwinismo que la reacción religiosa conservadora, pues gran parte de los educadores en el país seguían la filosofía de Comte y las directrices de Barreda (Moreno 23-6; Zea 162-5). En 1892, Agustín Aragón publicó una “Apreciación positiva de la lucha por la existencia”, en la que lo único “positivo” era el rasero filosófico con el que atacó a Darwin, Wallace, Spencer y al biólogo alemán Ernst Haeckel, al considerar esta idea contraria con su idea del progreso social, haciendo

ver lo absurdo de los fundamentos hasta hoy dados a la ley de la lucha por la vida y la necesidad consiguiente de que esa lucha, dado que sea un hecho rigurosamente comprobado por la observación y la experimentación, descansa sobre bases incontestables para que pueda elevarse al rango de una verdad científica (Moreno 40).

Sin olvidar que estos son los párrafos introductorios a un documento de 1878, ni pretender hacer un recuento exhaustivo de la recepción de Darwin entre nuestros científicos y hombres de letras, creemos válido apuntar una de las adaptaciones posteriores del pensamiento del autor de *El origen de las especies*, obra de intelectuales y científicos de principios del siglo XX, por las inquietantes conclusiones que

desarrolló, las cuales tienen que ver, más bien, con el llamado darwinismo social. Esta última teoría se debe a Francis Galton, primo de Darwin, en cuyo trabajo *Genio hereditario* (1869), asentó la tesis de que la inteligencia, al igual que el conjunto de características anatómicas y fisiológicas del ser humano, eran propiedades heredables y de las que la naturaleza hacía selección. Para Galton y sus partidarios, las condiciones sociales en las que los grupos humanos se desenvolvían eran consecuencia directa de la inteligencia humana o de su carencia. Por lo mismo, la pobreza, la indigencia, la falta de educación y de salud, eran resultado de una incapacidad natural en ciertas comunidades, a diferencia de un grupo de élite, merecedor de la riqueza y la cultura gracias a su natural preparación e inteligencia.

Andrés Molina Enríquez, uno de los primeros darwinistas sociales en México, aunque más en la línea de Riva Palacio que en la de Galton, durante el ocaso del porfiriato, publicó *Los grandes problemas nacionales* (1909), en el que abordó, principalmente, la cuestión agraria del país. Molina, autodeclarado positivista radical, era un apasionado lector de Darwin, Spencer y Haeckel, y en concierto con sus lecturas afirmó:

entre las naciones como entre los individuos, la progresiva desaparición de los débiles es una condición del progreso, que obedece como dijo Spencer, a la acción de una providencia inmensa y bienhechora.

Aunque las anteriores parecen líneas tomadas de un discurso de justificación imperialista —pudo adaptar su razonamiento de la obra de Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* (Brading 22)—, Molina tejió con estas ideas el basamento de una teoría de la nacionalidad. La mezcla de razas en el territorio mexicano había sido el origen de los mestizos, los cuales lograron superar la condición de parias sociales y desheredados, hasta conquistar el dominio político gracias a su facilidad para adaptarse al medio ambiente local y a un proceso evolutivo exitoso a través de la selección natural. También gozaban de un tipo propio y una fuerza interna que prometía una adaptación continua en diferentes sociedades. Este autor no dudó en hablar entonces de “nuestro destino manifiesto” y en profetizar la inmigración masiva de mestizos hacia los Estados Unidos y un número de mexicanos en dicho país cercano a los 50 millones de habitantes a mediados del siglo XX (Molina 356). La mayoría de los intelectuales al servicio del gobierno nacional no desarrollaron la idea de Molina —la retomó más tarde, en cierto modo, José Vasconcelos, en su ensayo sobre *La raza cósmica* (1925)—; por el contrario, muchos de ellos hermanaron el darwinismo social con la eugenesia después de la Revolución mexicana (Súarez; Urías).

Recordemos, para presentar, finalmente, nuestro documento, que una errata aparecida en *La República*, al momento de dar la noticia sobre la muerte de Darwin, ocurrida el 19 de abril de 1882 —afirmando que “*Falleció en Shrewster [sic por Shrewsbury] el 12 de febrero de 1809*”, es decir, confundiéndola con su fecha y lugar de nacimiento—, fue ocasión de mofa para *La Libertad*, que ya no pertenecía a Justo Sierra, en el siguiente comentario aparecido el 5 de mayo de 1882: “Sólo un hereje como debió ser Darwin pudo morir primero en febrero de 1809 y después en abril del año presente. ¿Sería la primera muerte absoluta o no? ¿Lo será la segunda?” (Moreno 362).

Hereje o no, Darwin y su teoría evolucionista, desde que Justo Sierra la divulgara ampliamente, resultó un valioso tema para el desarrollo de la conocida vena satírica de los autores mexicanos. Desconocemos quién fuera Javier Aubuet, nombre que aparece como autor de “El porvenir de los gorilas”, documento reproducido por

primera vez en el libro de Moreno de los Arcos (150-2). Seguramente se trató del seudónimo de alguien que quiso adaptar al debate sobre el origen del hombre un cuento al estilo de los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, particularmente el “Viaje al país de los houghnhms”, donde la raza de equinos inteligentes comunica a Lemuel Gulliver sus elevadas nociones filosóficas, o el de algún imitador posterior —desde principios del siglo XIX, Thomas Love Peacock incluyó a un antropoide inteligente en una obra de ficción (*Melincourt, or Sir Oran Haut-ton*, 1817); y James Fenimore Cooper, en *The Monikins* (1835), describió una avanzada civilización antropoide procedente de un mundo perdido (Encyclopedia)—. Recordemos que “El porvenir de los gorilas” no se publicó en *La Voz de México* ni en otro diario conservador, donde hubiera sido considerado una sátira antidarwinista, sino en *La Libertad*, cuando la dirigía Justo Sierra, entonces convertido en bastión del evolucionismo biológico.

Los grandes antropoides no fueron bien conocidos por el mundo occidental hasta bien entrado el siglo XX. La palabra gorila probablemente derive del cartaginés *gorel*, el que araña, cuya forma femenina es *gorila*, pues la primera noticia sobre su existencia la dio Hanno el Navegante (o Hanno II de Cartago), que quiso apoderarse de algunas hembras en el siglo V a. C. Desde entonces, no se escucharon sino leyendas y rumores sobre “hombres salvajes” y relatos sobre pueblos exóticos en África.

Hasta finales del siglo XVI, volvieron a escribirse relatos sobre grandes antropoides, también debidos a la pluma de navegantes que mucho tardaron en distinguir al gorila del chimpancé y el orangután. A mediados del siglo XIX, los misioneros estadounidenses Thomas Wilson y Thomas Savage encontraron cráneos de gorila. Aunque jamás vieron ejemplares vivos, no dudaron en transmitir las historias locales acerca de su ferocidad. Enterado de dichas relaciones, el periodista franco-estadounidense Paul du Chaillu, interlocutor de los gorilas de nuestro cuento, viajó por Gabón y la zona limítrofe del Congo, entre 1855 y 1856. En sus *Viajes y aventuras en África ecuatorial*, ofreció el retrato del gorila, al que se jacta de haber matado, como un verdadero demonio de la selva, convirtiéndolo en una pieza de caza muy cotizada. Con poco éxito, al principio, trató de cambiar esta imagen el médico inglés William Winwood Reade, que viajó por las regiones habitadas por gorilas del África central, entre 1868 y 1879 y, de nuevo, en 1873, esta vez como corresponsal de *The Times* (Wendt 46-58).

Además de “El porvenir de los gorilas”, conocemos al menos otras dos obras de ficción latinoamericanas que abordan el tema de la recepción de Darwin, ambas de 1875, e inclinadas hacia su teoría más famosa (Holmberg; Zaluvar).

* * *

El porvenir de los gorilas

Javier Aubuet

Se ha observado, de algunos días a esta parte, inmensa fermentación entre los gorilas, pueblos peludos descubiertos hace algunos años por el intrépido viajero *Du Chaillu*¹.

A fuerza de oír de boca de los viajeros más ilustrados que el hombre descende del mono, y que una galería de retratos de antepasados no está completa mientras no se cuelgue al lado de los caballeros cubiertos de hierro de pies a cabeza y de los marqueses

empolvados, dos o tres efigies de orangutanes, los gorilas se han decidido por unanimidad a reivindicar sus derechos de paternidad sobre el hombre.

—Somos los señores legítimos del mundo, vociferan lanzando rayos de sus sanguinolentos ojos, somos los hombres primitivos; vamos a reconquistar nuestros derechos primordiales sobre nuestros bastardeados descendientes. Dicen que la especie humana está degenerando: demostraremos lo contrario en la Academia de Ciencias.

¿No sabéis lo que son los gorilas? Mocetones de tres varas de alto, de los cuales, cada uno es capaz de luchar con una docena de gladiadores de los tiempos antiguos, o con un centenar de maromeros de la actualidad; no hay uno solo entre ellos que no sea capaz de arrancar de sus cimientos la torre de cualquiera catedral, aun cuando sea gótica, sin hacer mayores esfuerzos que los que nosotros empleamos para arrancar de la tierra una hierbecita del campo; las balas de todos los *chassepots*² posibles e imaginables se aplastarían en su pecho, que equivale a un escudo.

Ni el lujo ni el deleite han enervado a nuestros verdaderos antepasados; y los doce trabajos de Hércules son juegos de chiquillos para estos privilegiados de la humanidad.

Son nada menos que un millón y medio de individuos, y se entienden entre sí con una armonía que envidiarían nuestros diputados.

Imaginaos lo que sucederá, si, según todas las probabilidades, el mundo civilizado se convierte en el punto objetivo de sus esfuerzos.

¿Cómo defendernos de ellos si son irresistibles?

“Nuestra patria legítima, decían al viajero citado ya, es el país que los hombres ocupan, y en donde han sido reconocidos ya nuestros títulos de nobleza, y el verdadero origen de la humanidad.

“Tenemos el deber de ir a dar las gracias a los materialistas, y a intimidar a los clericales.

“Puede contar con nosotros el partido del porvenir. Nos proponemos rehabilitar a la naturaleza, calumniada indignamente por esos elegantuelos que se pasean por las ciudades del día, ridículos abortos que, para ser engendros, necesitarían haber sido engendrados con algo de buena voluntad.

“Relegados hasta hoy día muy lejos de la sociedad de nuestros descendientes, tan indignos de nosotros y de las virtudes de sus abuelos, queremos gozar a nuestra vez de los beneficios de la civilización moderna.

“Temblad, ridículos Lovelace³, que abandonáis el campo de batalla a la tercer escaramuza. Si Mesalina⁴, a quien, por otra parte, despreciamos, como merece, hubiese tenido el honor de conocernos, Juvenal⁵ habría roto su pluma antes de escribir su famoso verso:

(Aquí los gorilas echaron tres latinajos que no hemos podido recordar).

“Nos proponemos enseñar a estos ridículos hombres lo que es la salud, lo que se llama vigor.

“No tenemos necesidad de leche de burra y nos burlamos de esos famosos baños hidroterápicos, que dizque dan fuerza y robustez a los muñecos humanos.

“La sociedad, tan profundamente minada en sus principios vitales no puede reconstituirse sino aliándose con los gorilas. No hay que indignarse, señores aristócratas, cada uno de nosotros vale por cien de esos elegantillos que no pueden con sus huesos y con su fatuidad...

“No nos preguntéis, banqueros millonarios, en dónde están nuestros talegos; nuestra riqueza es nuestra sangre, sangre más rica en fierro que los confites de Gelis⁶ y Comte⁷ que dais a tragar a vuestras escuálidas hijas.

“Tranquilizaos, vamos a hacerlas felices. Si nos tomáis por licenciosos, os engañáis; no somos enemigos del orden ni de la familia: nos basta con la monogamia. Si alguno de nosotros es alegre de cascos, nos proponemos enviarlo a Oriente, en donde, a causa de los rusos, escasean tanto los hombres, y que bien necesita ser regenerado, supuesto que lo denominan *el hombre enfermo*.

“Allí organizarán algunos *harems* [sic] formales, y podemos asegurar que al ver su hercúleo comportamiento, las turcas se pondrán una *idem* de amor, y exclamarán entusiasmadas, recordando a sus amantes tantas veces traicionados por su buena voluntad:

— “¡Hasta que nos encontramos con hombres!”

Notas

¹ Paul Belloni du Chaillu (c. 1835-1903), periodista, explorador y naturalista franco-estadounidense que se hizo famoso por confirmar, al final de la década de 1850, la existencia de los gorilas y, una década después, la de los pigmeos en el África occidental. El macizo montañoso de Chaillu, en el centro del actual Gabón, fue bautizado en su honor.

² Fusil francés monotiro de cerrojo, introducido en 1866. Fue empleado, principalmente, durante la Guerra Franco-Prusiana.

³ Se cree que fue un seudónimo utilizado por el médico y escritor naturalista español Eduardo López Bago (1855-1931), que tuvo que responder ante los tribunales por la supuesta inmoralidad de sus obras.

⁴ Valeria Mesalina (20-48), emperatriz romana, esposa de Claudio, célebre por su crueldad y vida disoluta. Murió por órdenes del emperador.

⁵ Décimo Junio Juvenal (c. 55-c. 135), poeta latino que se consagró a la sátira.

⁶ Quizá tratan de aludir a la Condesa de Genlis (Stéphanie-Félicité Ducrest de Saint Aubin, 1746-1830), en cuyas obras, sobre todo *Adèle et Theodore, ou Lettres sur l'éducation* (1782), traducida al castellano en 1786, expuso los ideales pedagógicos de la Ilustración, en cierta forma imitando a Rousseau.

⁷ Auguste Comte (1798-1857), filósofo francés, creador de la sociología. Discípulo de Saint-Simon, luego rompió con él y bosquejó un nuevo sistema filosófico al que llamó positivismo. Tuvo enorme influencia en Latinoamérica.

Referencias

Aubuet, Javier. “El porvenir de los gorilas”. *La Libertad. Periódico político, científico y literario*, 1.2, 6 de enero (1878): 1-2.

Brading, David. “Darwinismo social e idealismo romántico: Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos en la Revolución mexicana”. *Vuelta*, 109, diciembre (1985): 20-25.

-
- The Encyclopedia of Science Fiction*, “Ape as Human”, http://www.sf-encyclopedia.com/entry/apes_as_human#sthash.NfpuB3Zi.dpuf
- Glick, Th., Ruiz, R., y Puig-Samper, M. A. (eds.). *El darwinismo en España e Iberoamérica*. Madrid: UNAM, CSIC, Ediciones Doce Calles, 1999.
- Holmberg, Eduardo L. *Dos partidos en lucha: Fantasía científica* (ed. Sandra Gasparini). Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2005.
- Molina Enríquez, Andrés. *Los grandes problemas nacionales (1909) y otros textos, 1911- 1919* (prólogo Arnaldo Córdova). México: Era, 1978.
- Moreno de los Arcos, Roberto. *La polémica del darwinismo en México: Siglo XIX*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984.
- Núñez de Arce, Gaspar. “A Darwin”. *La Voz de México*, 9.28, 2 de febrero (1878): 2-3.
- Patiño, Francisco. “Las plantas carnívoras”. *Gaceta Médica de México*, XI.24 (1876): 474-479.
- Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*, México: Editorial Cumbre, 1973, vol. II: 471-481.
- Suárez y López Guazo, Laura. *Eugenesia y racismo en México*. México: UNAM, 2005.
- Trabulsee, Elías. *Historia de la Ciencia en México: Estudio y textos. Siglo XIX*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Urías Horcasitas, Beatriz. *Historias secretas del racismo en México (1920-1950)*. México: Tusquets Editores México, 2007.
- Wendt, Herbert. *El descubrimiento de los animales: De la leyenda del unicornio hasta la etología*. Barcelona: Planeta, 1982.
- Zaluar, Augusto Emílio. *O Doutor Benignus* (ed. Helena Cavalcanti de Lyra e Ivette Savelli S. do Couto). Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro, 1994.
- Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.